



PIP Y LA MALDICIÓN DE LA BRUJA DEL BOSQUE



CHRIS MOULD

Título original: *Pip and the Wood Witch Curse*

1.ª edición: abril 2012

© Del texto e ilustraciones: Chris Mould, 2011
Publicado por primera vez en Gran Bretaña
por Hodder Children's Books
© De la traducción: Adolfo Muñoz García, 2012
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2012
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-678-2925-9
Depósito legal: M. 2773/2012
Impreso en Anzos, S. L.
28942 Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España — Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

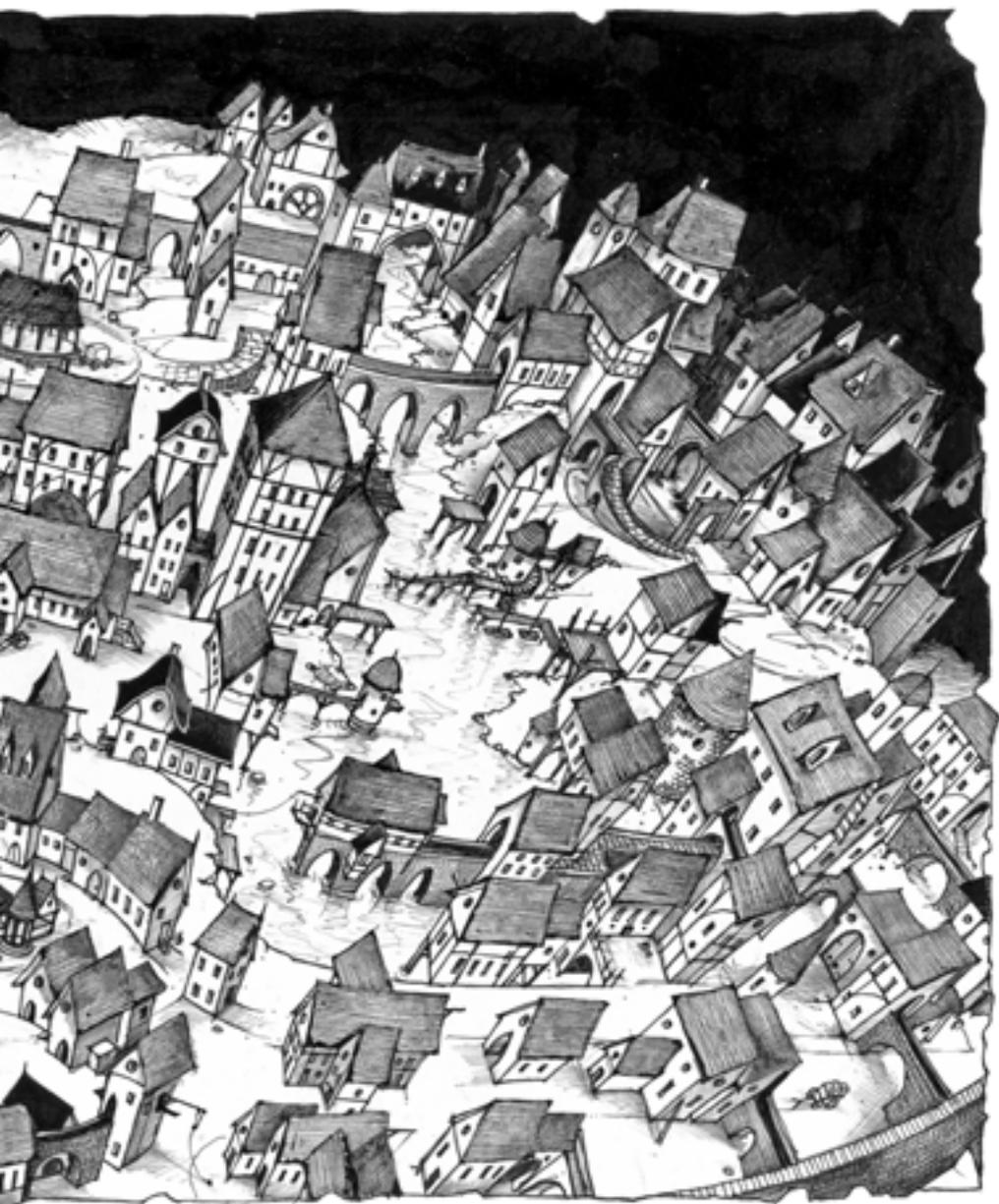
Chris Mould

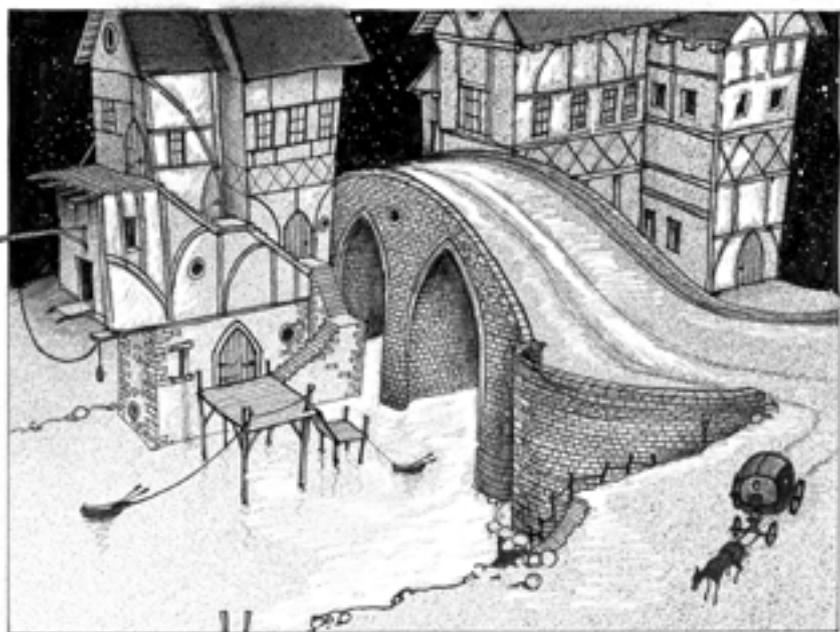
PIP Y
LA
MALDICIÓN
DE LA BRUJA DEL
BOSQUE

Traducción de Adolfo Muñoz

ANAYA







CAPÍTULO 1



Donde se cuenta cómo llegó Eddie Pipkin a Valdelahorcado



Tal vez hayáis oído hablar de Valdelahorcado, la gran ciudad amurallada erigida como refugio para los habitantes del valle, con sus casas inclinadas que se amontonan en calles y callejuelas serpenteantes. En Valdelahorcado, los retorcidos chapiteles apuntan al cielo como ramas rotas entre chimeneas medio derruidas, por las que sale el humo de las miserables casuchas al encuentro de las nubes. Un gran río corta la ciudad en dos, y un oscuro bosque avanza hasta el mismo borde de la ciudad, ejerciendo entre sus habitantes una

influencia de pesadilla. Los inviernos son largos y fríos.

Valdelahorcado no es un lugar apropiado para ti ni para mí, y fue tan solo el destino el que introdujo a un pobre niño indefenso por las chirriantes puertas de la muralla una espantosa noche de invierno.

*Orfanato de Oakes, en otro tiempo.
Un tiempo tan lejano, de hecho,
que ni siquiera los huesos deshechos de tus parientes
más viejos tendrán recuerdo de tales días:*

Cae la noche. La luz diurna es sustituida por unos raquíuticos cabos de vela que arden sobre la mesa. Alguien abre un libro encuadernado en desgastado cuero, y pasa por él una mano mugrienta que recorre de arriba abajo una larga lista. El dedo índice se detiene ante el nombre de Eddie Pipkin, y una raya de tinta raspa el papel tachando ese nombre.

—¡Bueno, una boca menos que alimentar! —dijo una voz que se interrumpió para echar un trago de la botella de ponche—. Y con ese dinero nos las apañaremos una temporada, señora Tulip. ¿Tiene listas las cosas de ese golfillo?

—Sí, señor Oakes. —Una mujer baja y retacóna, de sonrisa desdentada, se acercó a él a toda pri-

sa, cojeando levemente de una pierna, y plantificó sobre la mesa un fardo atado con hilo de bramante.

—¿Y dónde está él?

—Aquí mismo. —Salió al pasillo, y tiró del cuello de alguien para hacer que se acercara a la luz de las velas que iluminaban la estancia. El lloroso joven estuvo a punto de perder pie y caerse, pero se volvió a colocar bien derecho y se arregló la camisa, haciendo esfuerzos para no lloriquear.

Eddie Pipkin tenía diez años, aunque era pequeño para su edad. Tenía unos enormes ojos castaños, y una piel pálida coronada por una mata de pelo corto, oscuro y alborotado.

—¿Estás listo para hacerte a la mar, Pip?

—No, señor, ni mucho menos.

—¿Que no...? ¿Qué quiere decir que no...?

—Que no quiero hacerme a la mar, señor Oakes. Y menos con el capitán Snarks. No quiero ser el grumete de un pirata. Además, me marearé y no le seré de utilidad a nadie.

—Cálmese, señor Pipkin. Y déjeme que le diga una cosa por última vez —repuso Oakes, acercando su cara tanto a la de Pip que su aliento apestoso casi le hace vomitar—. En primer lugar, el capitán Snarks no es un pirata. Yo no trato con pillos ni forajidos.

Pip sabía que eso era mentira: Oakes hubiera vendido a su propia madre a un salteador de caminos



siempre y cuando este le ofreciera una cantidad de dinero justa.

—En segundo lugar, yo y la señora Tulip hemos cuidado de ti desde que eras un renacuajo. Y ahora tenemos que cuidar de otros renacuajos. ¿Y cómo esperas que podamos cuidar de otros renacuajos si no tenemos dinero? Este orfanato no funciona solo —farfulló.

Pip le echó una larga mirada a Oakes, que apenas podía cuidar de sí mismo, no digamos ya hacerse cargo del bienestar de niños pequeños. Y Pip estaba seguro de que vender niños no era una buena manera de recaudar dinero.

—No lo sé, señor Oakes, pero ¿no podría irme con algún otro? ¿O seguir trabajando en las cuadras?

—Harás lo que se te mande, Pipkin, ni más ni menos. Las cuadras no me pagarían bastante. Ahora coge tus cosas, que te voy a llevar al puerto. Zarparás mañana por la mañana, en cuanto suba la marea.

Pip albergaba para sí la certeza de que, por mucho que subieran la marea o las llamas del infierno, no iba a hacerse a la mar con el capitán Snarks. Solo tenía que encontrar el momento adecuado para escapar, y sabía que Oakes siempre bebía más cuando esperaba dinerito fresco.

Pip iba atado como un perro, con una cuerdecita pasada alrededor de la cintura. El viejo Oakes caminaba tambaleándose como un borracho, agarrando el extremo de la cuerda, mascullando y alargando las palabras mientras deambulaban en la oscuridad, en dirección al puerto.

—Siempre has sido un buen chaval, Pip. Te echaré de menos —dijo, terminando cada frase con un acceso de hipo—. Recuerdo cuando llegaste con nosotros. ¡Menudo renacuajo, envuelto en harapos y tendido en la nieve! ¡Qué hermoso eras! —exclamó, y empezó a llorar como un desesperado.

Pip no le hacía ningún caso. Siempre era igual: al señor Oakes le bastaban unos cuantos tragos para que empezaran las historias y afloraran las emociones. Se tambaleaba en la oscuridad, tropezándose todo el tiempo.

Pip fue más despacio para aflojar la cuerda, que le tiraba de la cintura. Al mirar hacia delante, vio la oscura silueta de la siniestra goleta de Snarks, que se cernía sobre ellos. Era descomunal y, tan solo de ver su tamaño sobrecogedor, sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo de arriba abajo. Llegaban voces procedentes de la cubierta. Estaban cargando cajas y barriles por medio de cuerdas, y por las escalas no paraban de subir y bajar contornos humanos.

—¡Por favor, señor Oakes! ¡No quiero embarcar!

Aquello fue suficiente para acabar con la escasa paciencia de Oakes:

—¡No sabes la suerte que has tenido, Pipkin! ¡Te arrancamos de las garras de la muerte y te hemos dado una vida de lujos! Muchos hombres darían lo que fuera por subir a bordo de un gran barco para surcar los siete mares, por sentir el agua salada rociándoles el rostro...

Pero justo cuando estaba pronunciando esas palabras, Oakes perdió pie en el borde del puerto y cayó de sopetón al agua helada.

Apenas se lo podía ver en la oscuridad, pero se sabía dónde estaba por el agua que salpicaba y por las olas que producía. Pip se quedó un momento sin moverse, tratando de comprender lo que acababa de ocurrir. Veía la cabeza y los hombros de

Oakes, y su gran abrigo, que se extendía por la superficie del agua.

—¡Socórreme, chaval! ¡Sácame de aquí! ¡Avisa al capitán Snarks! —chillaba Oakes. Luchaba por mantenerse a flote, y lanzaba gritos ahogados en las profundidades del agua—. ¡No dejes aquí a tu querido tío Oakes, Pip!

Pero una enorme sonrisa cruzó el rostro de Pip. Bajó la mirada para buscar el extremo suelto de la cuerda por la que Oakes lo había llevado sujeto. Se desató, y la dejó caer en la espuma del mar. Entonces, sin un instante de duda, se dio la vuelta y empezó a alejarse despacio, sin creerse la suerte que acababa de tener. Y cuando comprendió que era libre, empezó a caminar más aprisa. Y más aprisa y más aprisa, hasta que fue corriendo como una rata de ciudad por las calles del puerto de Ludge. Desde la lejanía, los gritos de Oakes retumbaban en los recovecos de los callejones para terminar desvaneciéndose en un maravilloso silencio.

Pip se alejó a hurtadillas de la costa y se encaminó tierra adentro sin tener una idea muy clara de adónde se dirigía, pero sabiendo que quedarse allí sería tanto como sucumbir al destino. Seguía teniendo los brazos abarrotados con sus cosas. Sus cortas piernas lo impulsaban hacia arriba al ascender la pendiente cubierta de hierba que lo separaba

del camino. El aliento le formaba nubes de humo delante del rostro. Se le cayeron la mitad de sus cosas por el camino, pero no se atrevió a detenerse, ni siquiera por un instante.

No tardó en llegar al pedregoso y serpenteante camino y, recobrando el aliento, observó la pequeña ciudad que quedaba a sus pies. Una creciente sensación de libertad lo invadió al contemplar las ventanas del orfanato de Oakes, iluminadas por velas, que se habían convertido en unos pequeños puntos de color amarillo brillante.

Siguió adelante, resoplando y jadeando, temiéndose que, en cuanto las autoridades averiguaran lo sucedido, se lanzarían en su persecución, rastreándolo con perros y caballos. Lo seguirían en medio de la noche. Se imaginó que ya los podía sentir persiguiéndolo. Le pareció que oía sus voces, que distinguía los cascos de los caballos atronando en el camino, y que veía el resplandor de las antorchas alzadas en la oscuridad. Y aunque supiera que no eran más que imaginaciones, aquello le hizo avanzar lo más rápido que podía, hasta dejar atrás cualquier lugar conocido.

Finalmente, empezó a caminar más despacio. Seguía parándose cada poco a recoger sus cosas, atándolas apretadas y subiéndoselas un poco más a la espalda, resoplando y jadeando. Tan solo la luz de la luna señalaba el camino, derramando sobre él

un pálido y tenue resplandor amarillo que lo impulsaba a continuar. La luna estaba de su parte, pensó.

En la lejanía empezó a sonar un ruido sordo. Pip se detuvo a escuchar. El corazón se le aceleró tanto que también podía oír sus latidos. Miró hacia atrás, y vio los caballos y las oscilantes antorchas que hasta aquel momento se había estado imaginando. A causa del pánico sintió flojedad en las rodillas, pero no tardó en comprender que lo que se acercaba por el camino no era una partida de persecución, sino una lenta caravana formada por viejos carromatos.

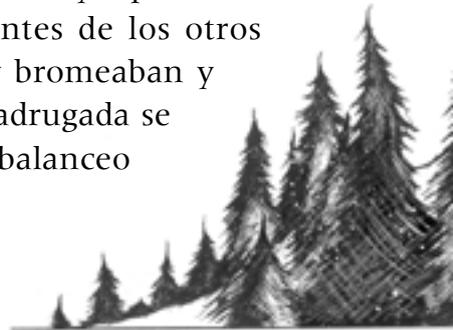
Se salió del camino y se echó al suelo, alerta y en silencio, agazapado como un zorro entre la maleza. Al frente de la comitiva, dos yeguas blancas se debatían por ascender una cuesta que era cada vez más pronunciada. Las ruedas patinaban en el polvo, los altos carromatos se balanceaban de un lado al otro, y los caballos relinchaban expulsando su aliento caliente, como nubes de humo. Unas siluetas de personas salieron en fila y empezaron a empujar por detrás. Las ruedas agarraron mejor en el suelo del camino, y la caravana empezó a desplazarse de nuevo lentamente.

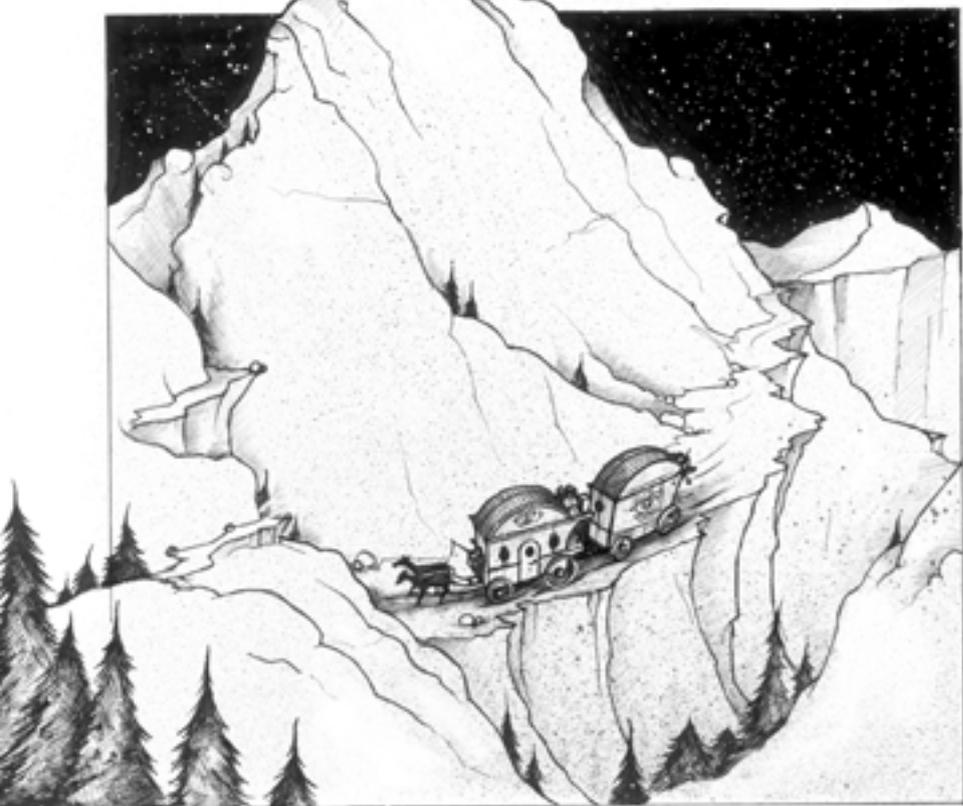
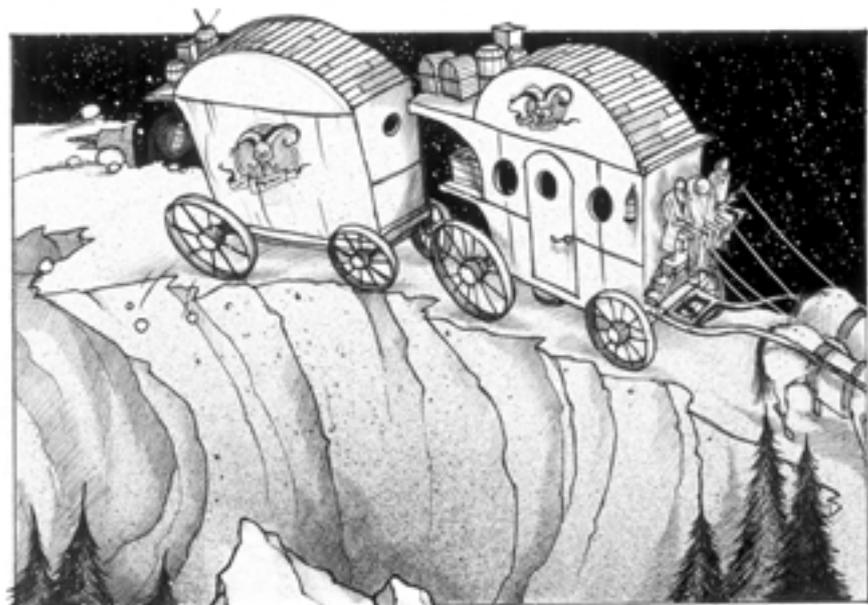
Unas letras se hicieron visibles en un lateral del primer carromato: *Compañía de teatro «Miedo escénico»*. *Bailarines macabros*.

«Algún tipo de espectáculo ambulante», pensó Pip. Tal vez fuera buena idea aprovechar la ocasión y subirse a alguno de los carromatos, para alejarse de allí lo más rápido posible. Pero sabía que debía permanecer escondido. ¿Quién sabía qué tipo de personas serían aquellas? Se serviría de ellos para que lo llevaran, y se escaparía cuando no hubiera peligro.

Mientras la caravana seguía desplazándose lentamente, salió del escondite para subirse al último carromato, aprovechando la oportunidad, pero sin saber qué le aguardaba allí. Alargó las manos hacia la parte de atrás del carromato, corriendo por un momento para no perderlo, y buscando algo a lo que agarrarse. Aferrándose fuertemente a la lona con ambas manos, se impulsó hacia arriba y posó los pies en la plataforma del carromato. Y a continuación, desenganchando una esquina de la lona, se coló dentro para verse nadando en un mar de *attrezzo* teatral. Estaba completamente oscuro, pero palpando los curiosos cachivaches que había a su alrededor, trataba de adivinar lo que eran: máscaras y cascos, trajes y largas capas, escudos y espadas...

Oía voces lejanas procedentes de los otros carromatos, voces que reían y bromeaban y contaban historias. Hacia la madrugada se quedó dormido con el suave balanceo del carro.





El viaje fue largo y duro. El día se convertía en noche antes de volver a ser día. De vez en cuando, la caravana hacía un alto para prender una fogata, cocinar algo, comérselo y cantar canciones. Contaban historias que Pip escuchaba por debajo de la lona. Eran historias sórdidas y espantosas, historias de bestias y ogros y tierras extrañas en las que soplaban vientos enfurecidos y en cuyas montañas bramaban los truenos, historias que hablaban de tormentas en el mar y de la maldad humana, de dragones, de reyes y de círculos mágicos.

Pip hubiera dado cualquier cosa por unirse a ellos. Tenía cada vez más hambre y debilidad, y suspiraba por una buena comida y por el calor de la fogata. Para no quedarse frío, se había envuelto completamente en una piel de animal, no sabía qué animal exactamente. En cierta ocasión, mientras todos dormían, salió a hurtadillas para estirar las piernas y, agarrando los huesos que quedaban alrededor del fuego, los chupó para extraerles hasta el último atisbo de sabor.

Cuando observaba el paisaje, las tierras yermas por las que pasaban le resultaban totalmente desconocidas. No pensaba abandonar aquella compañía por el momento, no hasta que llegaran a algún lugar donde se sintiera seguro.

Pensaba en muchas cosas por el camino. Se imaginaba una vida perfecta, rodeado de una familia de verdad: con hermanos y hermanas, amigos

con los que pasar el rato, y unos padres amorosos... Cosas que no había conocido nunca. Añoraba sentir cierta sensación de arraigo.

Al dormirse, volvía a soñar lo mismo que soñaba siempre: él estaba allí, sentado junto a una chimenea, al arrimo de un fuego que iba consumiendo apaciblemente los troncos de leña. Sus padres se encontraban a su lado, pero por mucho que lo intentara, no conseguía verles la cara. Cuanto más miraba, más borrosa aparecía la imagen. Cuando les decía algo, no le respondían. Y entonces, contrariado, veía que se desvanecían lentamente, hasta que dejaban de estar allí.

Despertaba, entonces, bañado en un sudor frío, con la respiración agitada y temiendo haberse puesto tal vez a gritar en medio de su sueño.

El único indicio de que realmente alguien conducía el carromato en el que iba era el sonido de voces que espoleaban a las yeguas negras.

Aunque no veía nada, en ocasiones hubiera jurado que pasaban entre peligrosos precipicios, o por encima de la frágil superficie de un lago helado. El viento soplaba más fuerte, y la temperatura descendía por debajo de cero.

En algún momento de una madrugada, la compañía de teatro «Miedo Escénico» llegó a su destino.

Se abrió una pequeña trampilla, y asomó por ella un ojo penetrante:

—¿Quién va? ¿Qué quieren...? ¡Ah, son ustedes! Aguarden un momento.

Un tremendo chirriar de puertas al abrirse retumbó en torno a Pip. Sintió la sacudida del carromato cuando volvió a ponerse en movimiento. No cabía ninguna duda: estaban atravesando las puertas de una muralla y penetrando en una ciudad.

Pip no podía saberlo, pero se trataba de un lugar que conocía de un cuento de hadas que había escuchado en cierta ocasión: un lugar que se llamaba Valdelahorcado.